

La regla de la vigésima persona

Al llegar delante de casa, me alcanzó el aroma a estofado blanco. Yo iba pensando en el joven con el que me había encontrado aquel mismo día. Había sido un encuentro curioso. Por lo visto, yo era su «vigésima persona».

Me había abordado cuando volvía de la biblioteca que hay frente a la estación. Sus primeras palabras fueron un «Buenas tardes». Cuando uno peina canas como yo, se acostumbra a que se le acerquen sacacuartos que buscan aprovecharse de la gente mayor, así que, por descontado, siempre estoy ojo avizor. Sin embargo, la voz de aquel joven era muy agradable, por lo que me giré hacia él y le contesté: «Buenas tardes».

—¡Ya estoy en casa! —exclamé mientras echaba un vistazo en la cocina antes de subir a mi habitación.

—Hoy hay estofado para cenar —contestó mi hija Sakiko, que estaba picando algo sobre una tabla y me dirigía una sonrisa de oreja a oreja. Para preocupación mía y de su madre, a lo largo de su infancia siempre había sido un saco de huesos por mucho que le diéramos de comer. No obstante, ahora que estaba a punto de cumplir los cincuenta años cada bocado que daba la hacía entrar en carnes.

—Sí, lo he adivinado por el olor.

—A ti te chifla el estofado blanco, ¿verdad, papá? —Esbocé una sonrisa. Sakiko me preguntó si quería darme un baño antes de cenar, a lo que le respondí que ya me lo daría después. Mi charla con aquel joven me había hecho llegar a casa un poco más tarde de lo habitual.

Desde hace unos seis meses vivo en la casa que mi única hija, Sakiko, y su marido, Yōsuke, tienen a las afueras de Tokio. Me invitaron a mudarme con ellos porque ya tengo una edad y les preocupaba que viviera solo. Ahora mi casa de Sendai está en venta. Por el momento no tiene comprador, así que supongo que tendré que bajarle un poco el precio. Cuando consiga venderla guardaré una pequeña parte del dinero para mis gastos personales y les daré el resto a mi hija y su marido.

Me han cedido un dormitorio de unos siete metros cuadrados en el piso superior de la casa. Al otro lado del pasillo se encuentra el cuarto de mi nieto Natsuo. Se oye música,

así que ya debe de estar en casa. Natsuo tiene dieciocho años, y aunque a principios de curso estuvo un poco rebelde porque no había entrado en la universidad que él quería, a las pocas semanas volvió a ser el de siempre. Es de carácter sencillo, como su padre. Aunque le pueda la timidez, tiene su lado amable, y creo que es un buen chico para los tiempos que corren. En cuanto puse el pie sobre el tatami de mi habitación, el volumen de la música disminuyó ligeramente. Era la forma que tenía Natsuo de darme la bienvenida.

Como no había nada que hacer allí arriba, pensé en bajar de nuevo a la cocina. Sin embargo, justo en ese momento Sakiko subió para avisarme de que había recibido una llamada de Yōsuke informándola de que volvería a casa temprano y que podríamos cenar todos juntos, cosa que no sucedía a menudo.

—¿Te importaría esperar media hora más? —me preguntó.

—Sin problema —respondí, y aproveché ese rato de espera para darme un baño.

Me venía como anillo al dedo. Así tendría tiempo para pensar en aquel joven antes de cenar. Mientras me sumergía en la bañera, me vino a la mente su aspecto. Al principio lo confundí con un estudiante de secundaria, pero cuando comenzamos a hablar deduje que debía de tener unos veintidós o veintitrés años. Tal vez era su carácter afable lo que lo hacía parecer más joven. Era apuesto a la antigua, y tenía un aire al actor Keiji Sada en sus años mozos, aunque me da la sensación de que ese tipo de atractivo no es muy popular entre las muchachas de hoy en día.

—Perdone, ¿puedo robarle unos minutos? —se disculpó el joven.

Ya está —pensé—, o me quiere vender algo, o es de algún tipo de secta. —No obstante, decidí seguirle el juego. El libro que quería coger prestado de la biblioteca estaba reservado ese día y me sentía algo frustrado, por lo que me pareció que resultaría divertido burlarse un poco de aquel joven. Quizá incluso podría encauzarlo por el buen camino.

El joven me llevó a una cafetería del centro comercial que hay frente a la estación. Ya había estado allí en una ocasión. Aunque estemos en Tokio, por esta zona hay pocas cafeterías. Bueno, en realidad hay unas cuantas, pero ninguna sirve un café tan bueno como el que tomábamos mi mujer y yo en una a que solíamos visitar en Sendai. Cuando

vi por primera vez el local en una esquina del primer piso del centro comercial, aislado entre tiendas de ropa, me hice muchas ilusiones y decidí entrar, pero el sabor del café que encontré allí no estuvo a la altura de mis expectativas. Ese día, sin embargo, no estaba allí por aquel líquido oscuro, de modo que seguí al joven sin poner ningún pero. Ambos pedimos café: yo un Kilimanjaro, la recomendación del día, y él un Blue Mountain (me dije para mis adentros que, con lo caro que era, pedir una variedad tan exquisita en aquel lugar era tirar el dinero). Nos mantuvimos en silencio hasta que nos sirvieron. En mi opinión, debía ser el joven quien empezara la conversación, y él parecía estar pensando en cómo hacerlo. Cuando llegaron los cafés, di un sorbo al mío, fruncí el ceño y le pregunté:

—¿Y bien?

—Usted es mi vigésima persona —replicó el joven.

—Su... ¿qué?

—Verá, llevo un tiempo contando a mis veinte personas. Desde que llegué a la veintena. Y hoy por fin he encontrado a mi vigésima persona. Es usted.

Ahora me tocaba a mí encontrar las palabras. Al final solo supe fruncir el ceño de nuevo. Tal y como había sospechado, aquel joven debía de estar invitándome a entrar en alguna secta. Aun así, sentía curiosidad por saber qué rumbo tomaría aquella conversación.

—Existe algo llamado «la regla de la vigésima persona» —prosiguió el joven.

Justo al salir del baño recién vestido, la puerta de la entrada se abrió y Yōsuke entró por ella.

—Bienvenido.

—Gracias. Siento haberos hecho esperar. —Yōsuke alzó una mano y se disculpó con la cabeza. Aunque su comportamiento podía resultar cómico, yo sabía que cuando pedía disculpas lo hacía de corazón. Mi hija había elegido un buen marido, muy adecuado para ella.

Esperamos a que Natsuo bajara de su habitación después de que su madre lo llamara hasta tres veces y comenzamos a cenar. Sobre la mesa, la humeante olla de estofado estaba acompañada de una ensalada de tomate, algo parecido a verduras salteadas y un plato de *fuki* cocido. El mantel era blanco con un estampado de espigas naranjas, negras y de un azul desvaído. Me pregunté si lo habrían comprado nuevo, aunque tenía la sensación de haberlo visto antes, mucho antes, en la casa de Sendai cuando mi esposa aún vivía. Tal vez Sakiko decidiera conservarlo cuando me ayudó a vaciar la vivienda.

Yōsuke me sirvió cerveza y Sakiko hizo lo propio con el estofado. Mi yerno y yo éramos los únicos que bebíamos alcohol.

—La *mozzarella* está buenísima —dijo Sakiko señalando la ensalada de tomate. Me serví un poco en mi plato.

—¿Qué te parece?

—Está rica.

—¿A que sí? La he pedido por internet. Es *mozzarella* de Hokkaidō. ¿Y el estofado qué tal?

Me llevé a la boca una cucharada y realicé de nuevo el mismo comentario.

—A mí también me lo parece, pero no está a la altura del que cocinaba mamá, ¿verdad? No es que me salga peor, sino que es distinto... ¿No crees, papá?

Antes de que supiera responder, Yōsuke intervino:

—Tampoco es que el estofado sea un plato muy elaborado.

—Precisamente por ser sencillo resaltan más los matices —replicó Sakiko con una nota de condescendencia.

—Tiene sentido —convino Yōsuke. Al igual que a mí, no le interesaba demasiado la gastronomía. Sakiko había heredado de su madre la pasión por ella.

—Seguro que es por cómo tuestas la harina para hacer el *roux*.

—¿El *roux* no es un preparado?

Yōsuke acababa de repetir el mismo error que yo ya había cometido en su día, a lo que Sakiko reaccionó resoplando con el ceño fruncido, como solía hacer su madre.

Sonreí con amargura. No por Yōsuke, sino porque en realidad el estofado no es una comida que me haga especial gracia. Era más bien el plato favorito de mi esposa, aunque creo que a ella le gustaba más prepararlo que comerlo. Cada vez que lo cocinaba me preguntaba qué tal le había quedado, y yo siempre respondía que estaba delicioso, así que con el tiempo toda la familia asumió que era mi comida favorita.

—El estofado está muy bueno —afirmó Natsuo, quizá pensando que él también debía aportar algo—. Pero yo prefiero el curri.

—¡Pero bueno! —resopló Sakiko de nuevo. No obstante, esta vez su voz dejaba entrever el amor que sentía por su familia. Respiré aliviado mientras deseaba poder decir en voz alta lo mismo que mi nieto.

—¿Hoy también has ido a la biblioteca, suegro? —se interesó Yōsuke.

—Sí —contesté. Pero no quería aburrirlo con que no había podido llevarme el libro que quería, así que decidí contar lo del joven—. Y me ha pasado una cosa curiosa. Me han invitado a participar en algo llamado «la regla de la vigésima persona».

La regla consiste en contar hasta veinte personas «que uno siente que son las indicadas» allí donde va, y, al llegar a la vigésima, hablar con ella para pasarle el testigo. Así me lo explicó el joven.

—¿Y cómo funciona eso de «las personas que uno siente que son las indicadas»? —fue la primera pregunta que le planteé. En la cafetería sonaba un solo de piano de *Yesterday*.

—Es gente que te llama la atención, que capta tu interés. Gente a la que sientes que debes contar. En otras palabras, gente que «te parece la indicada». Pero solo pueden ser desconocidos. Ni familiares ni amigos. Tampoco famosos. Si cuentas a una persona y luego descubres que captó tu atención porque era alguien conocido, debes deshacer la cuenta.

—¿Y a los primeros diecinueve no se les dice nada?

—No, solo los cuentas en tu cabeza. A todos excepto al vigésimo.

—¿Y tú has ido contando a diecinueve personas de esa forma?

—Sí. Me pasaron el relevo cuando tenía veinte años, y me ha costado tres años completar la cuenta.

—¡¿Tres años?!

—No hay ningún plazo determinado. Puedes elegir a las veinte personas en una semana, o incluso en un día. O elegir a diecinueve en un día y tomarte un año entero para la última.

Mientras cenaba, fui explicándoselo todo a mi familia, intercalando mis preguntas con las respuestas que me había dado el joven. Creo que lo hice bastante bien, tocando todos los puntos clave.

—Suen a secta —concluyó Yōsuke cuando ya casi había terminado de hablar.

Inclinó la botella de cerveza hacia mí ofreciéndose a llenar mi vaso, pero negué con la cabeza. No es que me disguste el alcohol, pero no lo tolero demasiado. Últimamente con una copa me basta para abrir el apetito.

—Eso pensé yo al principio. Pero no es una secta, es un juego.

—Aunque sea un juego, es mejor no meterse en esas cosas.

—No tiene ningún peligro. El muchacho ni siquiera me ha preguntado mi nombre ni mi dirección. Participar o no es decisión mía —repliqué, cayendo en la cuenta de que no me había planteado siquiera cuál era el nombre de aquel joven.

—Antes había algo parecido, ¿te acuerdas? —dijo Sakiko—. Las cadenas de la mala suerte. Eran mensajes que tenías que copiar y enviar a veinte personas si no querías que te cayera una maldición. Yo una vez lo hice.

Ah, es cierto —recordé. Aquel mensaje le llegó cuando tenía seis o siete años. Le aconsejé que no lo reprodujera, advirtiéndola de que no haría más que generarle un problema a quien lo recibiese, pero ella rompió a llorar, repitiendo entre sollozos que no quería estar maldita. Más tarde mi esposa me regañó por no haberla dejado hacer lo que

quisiera. Fue por la noche, cuando nos quedamos a solas en nuestro dormitorio. Me echó la bronca mientras cambiaba la funda de la almohada. Aún recuerdo con claridad el estampado de pequeñas flores azules de aquella funda.

—No había que enviar el mensaje a veinte personas, sino a diez, ¿no? Lo mires por donde lo mires, escribirlo veinte veces habría sido una barbaridad —reflexionó Yōsuke a cuento de las cadenas de la mala suerte, y añadió— ¿Y por qué son veinte según esa regla de hablar con la vigésima persona?

Me pilló un poco desprevenido. No me había planteado de dónde salía esa cifra. No sabía qué contestar.

—Bueno, es más fácil que lo de los mensajes, al menos hasta la penúltima persona. Solo hay que ir contándolas mentalmente.

—Además, se puede hacer trampa —intervino Natsuo.

—Tal vez quien inventó la regla lo hizo para celebrar su vigésimo cumpleaños, ¿no? —sugirió Sakiko.

—Tiene sentido —asintió Yōsuke, dando por buena la explicación.

Volviendo a la música de la cafetería, después de *Yesterday* sonó *The sound of silence*. Ambas son canciones que me gustan. Tenía los vinilos, incluso compré el CD de Simon & Garfunkel. Sin embargo, cuando se toman tan solo las melodías originales y se interpretan al piano desprovistas de alma, no las soporto. La primera vez que fui a aquella cafetería decidí no volver, no solo por el sabor del café, sino también por la música.

—Sé que suena raro —comentó el joven, tal vez al apreciar que mi gesto se había ensombrecido un poco.

—¿Y por qué decidiste participar en... esa tal «regla de la vigésima persona»? —inquirí intentando mostrarle mi interés por seguir con la conversación.

—Porque me pasaron el testigo justo el día de mi vigésimo cumpleaños.

Es cierto, ahora recordaba aquella respuesta que me había dado el joven. Parece que la intuición de Sakiko acerca del origen de la regla era correcta.

—Fue una señora de unos cuarenta años. Me sentí afortunado al saber que me había elegido como su vigésima persona.

—¿Y no pensaste que tal vez esa mujer andaba un poco mal de la cabeza? ¿O que te estaba mintiendo?

Por supuesto, pensé que eso también podría aplicársele a él, pero me guardé el comentario para mí.

—Esas cosas se notan, ¿no cree? Por la expresión de la otra persona, por cómo habla. No me pareció que estuviera mintiendo ni delirando. Y, aunque fuera el caso, no creo que importe demasiado. A fin de cuentas, creer o no es cosa de cada uno.

Los ojos del joven brillaban, y me pregunté hasta qué punto eso podía servir como punto de partida para juzgarlo.

—¿Y por qué yo? ¿Qué te ha llamado la atención de un viejo como yo?

—No sabría decirle, me ha llamado la atención y punto —respondió el joven con una media sonrisa.

Le sonreí de vuelta. Me había parecido una buena respuesta. No se trataba de elegir a la gente en base a sus virtudes o su presencia. Simplemente me encontraba en el lugar adecuado en el momento oportuno. Así de sencillo.

—Yo ya he elegido a mi primera persona —comenté en la mesa.

—¿Cómo es?

—Una niña. De unos trece años...

Intenté responder a la pregunta de Sakiko, pero por algún motivo no lograba visualizar su imagen con claridad. Tal vez empezaba a acusar el cansancio tras haber hablado tanto.

Tomé un trozo de pollo del estofado con la cuchara, lo levanté... y lo volví a dejar donde estaba. Me di cuenta de que no era que aquel plato no me hiciera especial gracia, sino que, en realidad, no me gustaba.

—Entró en la cafetería —añadí— mientras ese joven y yo aún estábamos allí. Iba con su madre...

—¿Y no contaste a la madre?

—No era el tipo de mujer que uno incluiría en una cuenta como esta.

Como no lograba evocar bien la imagen de la niña, mis palabras sonaron toscas, y Natsuo desvió la mirada con un gesto de sorpresa.

—Oye, antes has dicho que la cafetería estaba en la primera planta, ¿verdad? —terció Yōsuke, que había pasado de la cerveza al sake. No sé cómo se le ocurría acompañar el estofado con sake.

—Sí, es una cafetería pequeña que está escondida en un rincón del primer piso del centro comercial que hay frente a la estación.

—Pero esa cafetería la cerraron y la reconvirtieron en un bazar, ¿no?

Su comentario me desconcertó. El centro comercial estaba enfocado a los jóvenes, de modo que, como no fuera para visitar la cafetería, no tenía ningún motivo para entrar en él, razón por la cual hacía mucho tiempo que no me pasaba por allí. ¿La habrían cerrado de verdad? No sabía qué responder, así que bajé la vista al plato de estofado.

—Papá, ¿quieres que te lo caliente un poco? —se ofreció Sakiko.

Levanté la cabeza para mirarla y entonces comprendí que ella lo sabía desde el principio. Y no solo ella, sino también Natsuo, que miraba hacia otro lado. Y no solo esta vez. Seguro que lo habían sabido siempre, cada vez que les contaba algo durante la cena.

—¿Me equivoco? —quiso saber Yōsuke, buscando desconcertado el apoyo de su esposa e hijo. Sin duda no pretendía dejarme en evidencia. Simplemente no compartía tantas cenas conmigo como ellos dos.

—Me he debido de confundir —mascullé.

—Papá, ¿no se te ha quedado frío el estofado? —insistió Sakiko, interrumpiendo a Yōsuke cuando se disponía a hablar de nuevo.

—No, está bien. Me lo comeré así.

Y volví a coger el estofado con la cuchara.

—Estaba todo muy bueno —susurró Natsuo al levantarse de la mesa. Al igual que yo, él tampoco debía de saber bien qué hacer, así que decidió huir de esa situación tan incómoda. Yōsuke parecía no terminar de entender lo que ocurría.

La verdad es que odio el estofado blanco. Me bastaría con que me asaran un buen trozo de salmón bien salado, nada más. Siento que ahora no pasaría nada si lo dijera, que incluso sería capaz de decirlo. Pero al final no digo nada, y me limito a masticar con todas mis fuerzas el pollo tibio del estofado.

(*La regla de la vigésima persona*, de Inoue Areno. Colección Asahi Bunko, editorial Asahi Shimbun, 2016. Incluido en *20 relatos breves*, departamento editorial de la revista *Shōsetsu TRIPPER*)